

## La revolución antes de la Revolución: opinión pública y temperamento parisino\*

**Juan Antonio CEBRIÁN FLORES**

*Universitat de València*

juanance@alumni.uv.es

<https://orcid.org/0009-0003-2576-6889>



Nuevas perspectivas y nuevos análisis podrían parecer prescindibles para explicar cómo se forjó la Revolución francesa a partir de la aparición de un temperamento revolucionario dispuesto a destruir un mundo y construir otro distinto. Sin embargo, eso es precisamente lo que demuestra con amplitud Robert Darnton, uno de los más influyentes especialistas en la historia cultural de la Francia del siglo XVIII. En este ensayo –cuya versión inglesa data de 2023 y ha sido traducida al francés en 2024– el autor reconstruye cómo vivieron los parisinos la secuencia de acontecimientos que se extendió desde el final de la guerra de sucesión austriaca (1740-1748) hasta la toma de la Bastilla en 1789.

El historiador estadounidense subraya un aspecto que hasta ahora había pasado relativamente desapercibido: la manera en que la población interpretaba esos sucesos y cómo, a través de esa interpretación compartida, se iba configurando una conciencia colectiva. Más allá de las condiciones socioeconómicas o de la gran literatura del periodo, Darnton centra su atención en la información que circulaba a pie de calle. Ese «sistema de información» del Antiguo Régimen mezclaba noticias orales, manuscritas e impresas; un ejemplo emblemático sería el salón de Marie-Anne Doublet y la

---

\* Reseña del libro de Robert Darnton, *El temperamento revolucionario. Cómo se forjó la Revolución francesa. París, 1748-1789* (Barcelona, Taurus, 2025, 632 p. ISBN: 9788430618484).

posterior difusión de los *Mémoires secrets*, cuya publicación suscitó la amenaza de encierro para su anfitriona. Aunque su análisis se circunscribe a París, muchas de sus conclusiones son extrapolables al conjunto de Francia.

En el plano textual, resulta especialmente innovadora la recuperación y el análisis de materiales a menudo relegados por la historiografía tradicional: libelos, opúsculos, memorias judiciales (*factums*), primeros diarios, anuncios y otros impresos efímeros. Darnton insiste en que estos fragmentos, a veces precarios y sesgados, son, precisamente por ello, valiosos: permiten observar qué hechos quedaban fijados en la memoria colectiva y cómo se organizaba la conversación pública. De ahí que la obra se lea, más que como una historia, como un estudio sobre la fabricación social del sentido histórico: cómo se transmiten, se comentan, se deforman o se estabilizan los acontecimientos; en suma, cómo se forma un clima.

El volumen se abre con un mapa de París fechado en 1776, en el que se señalan los espacios más mencionados a lo largo de la obra y más representativos del periodo que va de 1748 a 1789. La introducción sitúa después al lector en ese contexto urbano y cultural, presentando a París como una auténtica sociedad de la información en la que empieza a fraguarse una conciencia colectiva. No es un detalle menor que el primer diario francés, el *Journal de Paris*, no aparezca hasta 1777 y, además, esté fuertemente censurado: esa tardía institucionalización de la prensa obliga a tomar en serio la circulación informal (rumor, canción, manuscritos, panfletos), que constituye el nervio del estudio. Estos apartados iniciales preparan el terreno para la lectura de los siete capítulos que componen el volumen, los cuales se completan con una conclusión, un epílogo, una relación bibliográfica, además de los créditos de las ilustraciones.

En ese contexto, la canción se convierte en un arma política de primer orden. El episodio de 1749, cuando la sátira cantada se asocia a la caída del conde de Maurepas, es revelador de un París donde el sonido impregna el paisaje mental: versos sobre la paz de Aquisgrán, la resistencia al impuesto permanente sobre la renta conocido como el *vingtième* o los cuernos del recaudador constituyen una acusación contra quienes mandan y contra el sistema mismo. La circulación de composiciones como *Réveillez-vous, belle endormie* muestra que la cultura política no se limita a tratados o discursos: se propaga en melodías, estribillos, burlas repetidas y memorizables.

A la vez, emerge una literatura clandestina que concentra elementos en ebullición: newtonianismo, enciclopedismo, librepensamiento libertino y abierta hostilidad hacia el monarca y su amante. La coincidencia temporal de la persecución policial de proveedores de canciones y la detención de Diderot por la *Lettre sur les aveugles* (1749) apunta a una sensibilidad gubernamental que percibe, en distintos frentes, una misma amenaza: la circulación de ideas y el desorden de la opinión. El Estado reacciona, pero la reacción confirma el diagnóstico de Darnton: la información, precisamente porque se controla, se vuelve objeto de deseo, sospecha y conversación.

El conflicto jansenista y la negativa de los sacramentos contribuyen a trasladar un debate religioso al terreno político. La orden de negar los últimos sacramentos a quienes no aceptaran la bula *Unigenitus* exacerba la indignación; las muertes de ciertos jansenistas y la respuesta del Parlamento convierten una controversia teológica en una disputa sobre derechos, autoridad y justicia. Darnton añade, además, el trasfondo de los convulsionarios<sup>1</sup> y sus prácticas extremas, que revelan la intensidad emocional del periodo y cómo lo religioso puede desbordarse hacia formas de protesta y dramatización corporal. Con ello se entiende mejor cómo un lenguaje de salvación y sacramentos puede derivar en un lenguaje político de libertades y restricciones constitucionales.

La policía aparece como otro eje de control y de temor. En 1750, los rumores sobre secuestros de niños, atribuidos a agentes vestidos de paisano, desencadenan disturbios y una *émotion populaire* que mezcla horror y furia. La imaginación popular llega a articular relatos extremos (niños «desangrados» para curar a un príncipe enfermo), lo que revela no credulidad ingenua, sino desconfianza estructural hacia el poder y sus zonas opacas. A ello se añade la implantación del *vingtième* por Machault, que introduce una novedad decisiva: la fiscalidad como elemento estable de la vida moderna. En ese clima, los *philosophes* irrumpen como agentes de transformación intelectual: sus escritos, aunque heterodoxos y a menudo clandestinos, contribuyen decisivamente al surgimiento de la Ilustración como fuerza pública.

Le sigue a este primer capítulo la expansión del ámbito público (1762-1764). Además de obras literarias, opúsculos dedicados a cuestiones fiscales y administrativas fomentan un debate hasta entonces inédito, y el argumento de la «razón» se presenta como voz autorizada en materia de gobierno. Textos como *Richesse de l'État* ejemplifican esa nueva sensibilidad: la administración, el impuesto y la economía entran en el imaginario ciudadano como problemas discutibles, no como fatalidades naturales. En paralelo, los jesuitas aparecen en el imaginario parisino como responsables de múltiples males: conspiración tras los tronos, educación inmoral de la juventud, obediencia a Roma y, en una narrativa hiperbólica pero eficaz, relación con regicidios pasados. El clero, en conjunto, se convierte en blanco recurrente de críticas, y el anticlericalismo no opera solo como ideología, sino como lengua común de la sospecha.

Frente al fanatismo religioso, la figura de Voltaire simboliza la defensa de la razón y la denuncia de las injusticias judiciales. La indignación ante errores judiciales y persecuciones, como el caso del caballero de La Barre, contribuye a consolidar una sensibilidad moral que no se limita a la «opinión ilustrada» elitista, sino que circula por vías diversas y alimenta una noción pública de injusticia. El espacio público, en suma, se ensancha por acumulación: cada opúsculo o polémica añade un público, cada escándalo añade una emoción.

---

<sup>1</sup> Videntes o posesos que padecían convulsiones.

La siguiente sección del libro comprende el punto de inflexión en la política (1770-1775), con el «golpe de Estado» de Maupeou, hombre fuerte de Luis XV, o, en palabras de algunos parisinos, con una auténtica revolución. La destrucción del antiguo sistema judicial provoca una conmoción profunda y obliga a replantear principios que parecían naturales. A través de panfletos y publicaciones cotidianas, la opinión pública se moviliza contra el despotismo ministerial. La política se convierte en tema recurrente de conversación y los panfletos alimentan el mayor debate público desde la Fronza. Aunque Maupeou resiste hasta la muerte del rey, el caso del juez Goëzman contra Beaumarchais termina de socavar la legitimidad del sistema a ojos de los parisinos.

El cuarto capítulo, «El terreno de las ideas (1781-1786)», gira en torno al impacto del *Compte rendu* de Jacques Necker, que acabó con el sectarismo publicando una relación detallada de los ingresos y gastos del Estado y de sus actividades como director general de Finanzas. Desde ese momento, el secreto del poder queda expuesto al escrutinio de la sensibilidad colectiva. Paralelamente, el entusiasmo por los avances científicos, el mesmerismo, los globos aerostáticos y el éxito teatral de *Le mariage de Figaro* muestran una sociedad fascinada por las posibilidades de la razón. El teatro deja de ser un mero espectáculo para convertirse en un espacio de participación política, donde el público reacciona y opina. La risa y el ingenio dan paso progresivamente a la indignación moral, alimentada por los escritos de Linguet y Mirabeau sobre los abusos del despotismo y por los escándalos que rodean a la corte.

La crisis se agudiza en 1787, momento al que Darnton dedica el capítulo «Temblores (1787)». La deuda acumulada del Estado desemboca en un enfrentamiento abierto entre la Corona y el Parlamento. En «La caída del régimen (1788)», sexto capítulo, y «El estallido de la Revolución (1789)», séptimo capítulo, Darnton muestra cómo la retórica de la denuncia, el uso del lenguaje revolucionario y la movilización popular transforman definitivamente el contexto político. El vocabulario de «libertad», «nación» y «Asamblea Nacional» se instala en el discurso público antes incluso de la toma de la Bastilla. Para muchos parisinos, el enemigo ya no es solo el Gobierno, sino los estamentos privilegiados. La aparición de periódicos independientes y la proclamación de la Asamblea Nacional el 17 de junio de 1789 simbolizan que el cambio de mentalidad se había producido ya antes de julio de 1789.

En la conclusión, Robert Darnton insiste en que el proceso que forjó el temperamento revolucionario fue la exposición constante a informaciones, rumores y noticias que moldearon la memoria colectiva. Odio al despotismo, amor a la libertad, compromiso con la nación, indignación moral ante la corrupción aristocrática y fe en el poder de la razón aparecen como rasgos definitorios de ese nuevo estado de ánimo. En el epílogo, reflexiona sobre el carácter profundamente transformador de la Revolución y sobre la violencia como elemento inseparable de ese proceso. La Revolución, afirma, liberó una energía utópica que alteró de forma duradera el curso de la historia.

Este vasto corpus histórico, literario y cultural no solo contribuye a comprender mejor la Revolución francesa, sino también a analizar los mecanismos de circulación de la información y las preocupaciones sociales del Siglo de las Luces, en la estela de la Historia de la vida privada y, en concreto, de la Historia de la lectura que tiene en Roger Chartier a uno de sus principales adalides. El meticuloso trabajo de Robert Darnton muestra, con extraordinaria claridad, cómo la información convirtió a los parisinos en revolucionarios.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CHARTIER, Roger [dir.] (1986): *Histoire de la vie privée. T. III: De la Renaissance aux Lumières*. París, Seuil.
- DARNTON, Robert (2023): *The Revolutionary Temper, Paris, 1748-1789*. Londres, Allen Lane.
- DARNTON, Robert (2024): *L'Humeur révolutionnaire. Paris, 1748-1789*. París, Gallimard.